

CARLOS KELLER R.



Una Revolución en Marcha

EL MOVIMIENTO NACIONAL-SOCIALISTA
== ANTE LA POLÍTICA DEL PAÍS. ==

EDITORIAL NACISTA
SANTIAGO DE CHILE

1938

M.N.S.- CARLOS KELLER: UNA REVOLUCIÓN EN MARCHA [1938]

CARLOS KELLER R.

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE PREPARACION DE LA SECRETARIA
DEL MOVIMIENTO NACIONAL-SOCIALISTA DE CHILE

Una Revolución en Marcha

EL MOVIMIENTO NACIONAL-SOCIALISTA ANTE
LA POLITICA DEL PAIS

EDITORIAL NACISTA
SANTIAGO DE CHILE

1938

UNA REVOLUCION EN MARCHA

La Guerra del Pacífico es tal vez el hecho más importante de la historia moderna del país. Junto con demostrar el pie de eficiencia en que se encontraba la nación bajo el mando de un régimen austero y responsable, nos aportó la inmensa riqueza del salitre.

Como su consecuencia surgió rápidamente el capitalismo moderno, y la antigua aristocracia portaliana fué transformada en una plutocracia ávida de lucro, incapaz de dirigir los destinos del país de acuerdo con el interés nacional y moralmente corrompida. Ella se dedicó a destruir las bases del Estado portaliano, lo que logró en la revolución del 91. La forma "democrática" de gobierno que pretendió introducir esa revolución, es en realidad una dictadura capitalista, ya que el régimen funciona mediante la inversión de capitales en la política, decidiéndose las

elecciones por medio del cohecho, y sin que exista medio alguno para que la opinión pública se haga sentir realmente.

Consecuencia del surgimiento capitalista fué la formación de las clases media y proletaria. La dictadura capitalista en que vivimos tiene el objeto de utilizar los Poderes Públicos en beneficio del capital y de impedir que las clases populares participen en la vida política y en los bienes de la civilización moderna. En realidad, viven al margen de la civilización.

En las clases populares, cuyas filas se incrementan incesantemente, se manifiesta una sorda protesta en contra de esta injusticia. El grito de redención social fué lanzado por primera vez el año 20 y decidió la elección presidencial. Se inició en aquel año un período revolucionario en que todavía nos encontramos. Pero los hechos posteriores han demostrado también que no puede haber justicia social sin un Estado auténticamente democrático y nacional y sin una administración pública proba y dirigida por los elementos más morales y capaces de la colectividad.

Chile está sometido hoy día a una dictadura capitalista dirigida por los partidos reaccionarios de derecha. La miseria en que viven las clases populares es el resultado de esa dictadura y constituye una eterna acusación contra ese régimen.

Las izquierdas

La situación creada de esta manera produjo, en primer término, un considerable desarrollo de los partidos de izquierda.

Trataron ellos de captar el descontento general existente en el país, con el fin de organizar una fuerza política capaz de modificar los rumbos nacionales.

Después de la guerra mundial, este desarrollo izquierdista tomó un gran incremento, y en la revolución de Junio de 1932 el izquierdismo logró incluso llegar al poder.

Sin embargo, todas las tentativas realizadas en este sentido por las izquierdas han fracasado en definitiva.

Por una parte, los partidos de esa tendencia han sido incapaces de organizarse en forma sólida, dividiéndose en numerosos grupos que a menudo se dedican más a combatirse mutuamente que a luchar contra el enemigo común.

No han sabido captarse ellos tampoco el ambiente nacional—que es favorable, tal vez en un 80 por ciento, a la oposición—debido a sus tendencias internacionales. Lejos de tratar de extractar del acervo nacional las inspiraciones ideológicas que les pudieron haber asegurado el triunfo, han aplicado a la realidad chilena las fórmulas marxistas internacionales, importando las doctrinas del judío alemán Carlos Marx y recibiendo instrucciones de táctica política desde Moscú. Han despreciado, pues, lo chileno, para servir de simples lacayos a potencias extranjeras. Hoy día, una buena parte de la propaganda que hacen estos partidos se refiere a asuntos que interesan a la Unión Soviética, al Gobierno de Valencia o al de México, pero que no tienen la menor relación con los problemas de nuestro país.

Finalmente, el materialismo de las doctrinas marxistas ha sido otro gravísimo impedimento para que los par-

tidos marxistas de izquierda se impusieran en la contienda. Por más que sea necesario reconocer la enorme trascendencia de los problemas económicos y sociales, es un profundo error el de suponer que su solución pueda encontrarse en la aplicación de nuevas fórmulas materiales. Hay, en el fondo de la crisis nacional, de la eterna crisis chilena, como una vez la llamé, un problema espiritual de significado profundísimo: si no se logra cambiar la mentalidad, la conciencia de los hombres, ninguna fórmula nos salvará.

Precisamente, la falta de disciplina, el surgimiento de individuos ambiciosos y sin fondo moral, el empleo de una demagogía irresponsable como arma política y la constante formación de montoneras en el campo izquierdista son la consecuencia de su desconocimiento del problema espiritual, cuya solución previa es una condición esencial para la solución de los demás problemas. La anarquía que se manifiesta constantemente en las izquierdas proviene de la falta de verdadera espiritualidad en ese campo.

Cabe agregar, finalmente, un último factor decisivo que explica la ineficacia de los partidos marxistas. Me refiero a su posición de lucha frente a las derechas.

En un principio, el marxismo en todo el mundo era agresivo y francamente revolucionario. Su arma de combate la constituía la revolución proletaria, cuya finalidad consistía en establecer la dictadura del proletariado.

Esta posición ha sido abandonada en los últimos años. Como no se produjo la revolución mundial, que Lenin y sus secuaces no se cansaban de pronosticar como un hecho fatal que se iba a producir a corto plazo, y como,

por el contrario, surgieron poderosas fuerzas anti-marxistas, la Unión Soviética ha ordenado a todos los partidos marxistas del mundo que cambien de táctica. La Unión Soviética no tenía interés en luchar simultáneamente contra los países fascistas y los capitalistas (llamados "democráticos"). Consideró más conveniente para sus intereses, buscar la alianza de los países capitalistas y combatir con su ayuda a los fascistas.

Para conseguirlo, fué necesario que se ordenara al marxismo mundial que dejara de atacar al capitalismo y se dedicara a combatir exclusivamente al fascismo. La Unión Soviética fué incluso más allá: ordenó que los partidos marxistas defendieran calurosamente a la democracia liberal como forma de Gobierno. Y para ampliar el frente marxista, ordenó que los partidos marxistas se aliaran igualmente con los partidos burgueses de izquierda y centro, organizando Frentes Populares.

En Chile—como en todo el mundo—los partidos marxistas cumplieron fielmente el cometido que recibieron. Se olvidaron repentinamente que habían surgido prometiendo luchar por las clases populares, dejadas al margen de la civilización moderna por la dictadura capitalista. Se hicieron los desentendidos de que esa dictadura capitalista utilizaba precisamente las formas "democráticas" para explotar a la nación y lograr sus objetivos, y en vez de luchar contra la ignominia que representa ese régimen... ¡lo defienden!

El resultado práctico de la formación del Frente Popular ha sido el total aburguesamiento de los partidos marxistas. Ellos han perdido todo espíritu revolucionario.

En vez de ir al Congreso para atacar al cornelismo ambiente y la explotación de la nación por la dictadura capitalista y para legislar en contra del imperialismo económico,—se interesan por aumentar la dieta parlamentaria, y muchos de sus representantes se venden vilmente a las derechas, cada vez que peligre la mayoría adquirida con el dinero facilitado por el señor Ross. La actuación de los representantes izquierdistas en el Congreso ha sido el más lamentable de los fracasos.

Una revolución en marcha

Dentro de esta constelación de las fuerzas y en medio de este panorama político ha surgido el Nacismo.

Fué fundado este nuevo Movimiento el 5 de Abril de 1932 y ha experimentado un desarrollo francamente ascendente hasta el día de hoy. Ha sido combatido apasionadamente por izquierdas y derechas. Seis de sus mejores hombres han sido asesinados por adversarios políticos. Miles de nacistas han ido a poblar las cárceles del país.

Hoy por hoy, el Nacismo es la única fuerza revolucionaria que existe en el país, y constituye la bandera de redención y justicia del pueblo chileno.

Se justifica, pues, insistir en medio de la agitación política de la hora, acentuada por la proximidad de una contienda electoral en que se designará el futuro Presidente de la República, en el significado que tiene el Nacismo para la nación.

Desde luego, cabe preguntar donde ubicar al Nacismo dentro de las fuerzas políticas.

El Jefe ha precisado categóricamente su posición política: Ni en las derechas, ni en las izquierdas—ha dicho—, pero sí en la oposición.

El Nacismo es anti-derechista, por cuanto no acepta la dictadura capitalista instaurada por las derechas el año 91, como régimen político; porque combate esa dictadura con todas sus fuerzas, estando dispuesto a oponer la violencia del pueblo a la violencia del dinero; porque no acepta que se utilice a la religión como un arma para apoyar la dictadura capitalista; porque ve en la constitucionalidad y legalidad de que se jacta el régimen, un simple juego de palabras destinado a encubrir los verdaderos fines anti-nacionales y anti-sociales de la dictadura capitalista; y porque opone al materialismo liberalista imperante las fuerzas de una nueva espiritualidad basada en las grandes tradiciones cristiano-occidentales.

El Nacismo es anti-izquierdista, por cuanto se ha enterado cabalmente de las causas del fracaso de los partidos izquierdistas, que en los noventa años transcurridos desde la publicación del "Manifiesto Comunista" de Marx y Engels han sido incapaces de solucionar los problemas por ellos mismos indicados; y porque no es aceptable que se siga mistificando al pueblo con doctrinas y teorías económico-sociales cuya falacia está a la vista, especialmente desde que se conocen los resultados prácticos a que han conducido en los países en que se las ha aplicado.

Y el Nacismo es oposición, por cuanto no acepta el régimen imperante y está dispuesto a realizar la revolución nacional que lo transforme totalmente y a corto plazo,

colocando en lugar de la dictadura capitalista una genuina y auténtica democracia.

El Nacismo es, pues, un movimiento revolucionario. Y debemos repetir: es el único movimiento revolucionario que actualmente existe en Chile, desde que las izquierdas se han transformado en defensoras de la dictadura capitalista, o sea, en una fuerza conservadora.

El Estado Nacista

La revolución nacista comprende, en primer término, una total transformación del Estado. Más exacto que hablar de una transformación sería hablar de una creación del Estado, porque actualmente no tenemos un Estado propiamente tal.

Un Estado auténtico es el órgano supremo de la nación para realizar sus fines políticos. Debe ser un órgano de la nación, y no lo que tenemos actualmente, que sólo es un instrumento utilizado por la clase capitalista para subyugar y explotar a las demás clases.

El Estado Nacista que propiciamos es un Estado genuinamente nacional. No pretendemos reemplazar el Estado que es instrumento dictatorial de la clase capitalista por otro Estado de la clase proletaria, o de otra clase cualquiera.

En esta materia restauraremos el concepto portaliano del Estado. La creación portaliana consistió, precisamente, en desvincular al Estado de todo interés de clase o particular, a fin de que asumiera un papel de árbitro de toda

la nación, función que sólo puede realizar si constituye una instancia neutra en la lucha de clases.

El Estado portaliano fué transformado por conservadores y liberales en un instrumento de la clase capitalista, y las izquierdas marxistas pretendían (antes, cuando eran revolucionarias) convertirlo en un instrumento de la clase proletaria.

El Nacismo, en cambio, creará un Estado nacional. Y todavía más: se inspira en un ideal netamente nacional al propiciar ese Estado, pues evoca el modelo de Diego Portales.

Por otra parte, sería un error pretender restaurar el organismo político creado por Portales. En la época de Portales Chile era un país esencialmente latifundista. No había clases medias ni proletariado y tampoco existía el capitalismo moderno. Por consiguiente, las formas políticas portalianas no calzan a la realidad política y social actual. Por eso no puede tratarse de una restauración.

La organización política que instaurará nuestra revolución consta de varios componentes que se integran mutuamente, llegando a constituir una unidad.

Hoy día existe una completa separación entre el Estado y el pueblo. Al menos el 80 por ciento de la población no considera—ni puede considerar—como suyo el instrumento de la dictadura capitalista que es el actual Estado. Se encuentra en abierta pugna con él. Lo repudia. Hasta los mismos liberales rechazan identificarse con el régimen. El partido conservador, principal usufructuario del actual Estado y eje de la combinación política que lo apoya, ha manifestado frecuentemente que ese Estado no

se identifica con sus ideales. Es por eso que la característica fundamental del actual Estado es la absoluta irresponsabilidad de sus mandatarios. Nadie responde de nada en él. Los partidos hacen sus negocios por intermedio del Estado, pero en seguida se lavan las manos y afirman que nada tienen que ver con él.

Lo que pretendemos es crear un Estado que se identifique con el pueblo, que realice los ideales colectivos y que sea considerado como algo propio de cada ciudadano. Es decir, queremos realizar una democracia perfecta. Pero no una democracia de montoneras y asambleas amorfas e irresponsables, en que la responsabilidad se diluye en acuerdos de una masa informe, sino que una democracia con dirigentes caracterizados por el más amplio sentido de la responsabilidad.

Este Estado forzosamente tendrá que componerse de jefes responsables y una auténtica representación democrática de toda la nación.

El Presidente de la República

La nación deberá estar representada en el Estado, en primer lugar, por un Presidente de la República que encarne la voluntad nacional. Este Presidente deberá ser elegido en plebiscito nacional, con participación efectiva, libre y secreta de todo el electorado.

Estableceremos un régimen presidencial auténtico que reemplace la actual farsa del régimen presidencial.

El Presidente de la República no puede gobernar personalmente, porque eso significaría identificarlo con

determinadas banderías y hacerlo responsable individualmente por todos los actos de la administración pública y la orientación de la política nacional. Debido a que el actual régimen ha realizado este absurdo sistema presidencial, ha podido ocurrir que el Presidente de la República se identifique con el Gobierno; y como éste es un instrumento de la dictadura capitalista, ha ocurrido que la inmensa mayoría de la población repudie al Presidente de la República.

De acuerdo con la concepción de un Estado-árbitro, desligado de los intereses de clases y partidos, queremos que el Presidente de la República sea el árbitro supremo de la nación. Para conseguirlo, es preciso que el Presidente no gobierne personalmente, sino que encomiende el manejo de los negocios del Estado a un Jefe de Gobierno.

La función primordial del Presidente de la República debe consistir, pues, en designar y remover al Jefe de Gobierno.

Manteniéndose al margen de las luchas políticas y siendo ajeno a la orientación del Gobierno, el Presidente de la República podrá dedicarse a observar si la labor del Jefe de Gobierno encuentra o nó la cooperación de la opinión pública. Si el Jefe de Gobierno logra interpretar y realizar el genuino sentir del país, o sea, si gobierna democráticamente, no tendrá inconveniente alguno en conservarlo en su cargo todo el tiempo que se mantenga esa mutua compenetración de Estado y pueblo. Si, en cambio, el Presidente de la República observa que la opinión pública se distancia del Jefe de Gobierno y que éste, por

tanto, no encarna ya el sentir del país, podrá reemplazarlo por otro político que dé garantías de realizar los anhelos de la nación.

El Jefe de Gobierno

El realizador de la política nacional lo será el Jefe de Gobierno. Corresponderá a él formar el Gabinete y designar los funcionarios superiores. Tendrá él la responsabilidad integral de la orientación de la política nacional y de su realización. Su responsabilidad en este sentido será la más amplia posible, pues podrá ser removido por el Presidente de la República, tan pronto la opinión pública se distancie de él. El Presidente de la República le servirá, pues, a la colectividad de órgano para fiscalizar al Jefe de Gobierno y hacer efectiva su responsabilidad.

No podrá el Jefe de Gobierno descargar su amplia responsabilidad en un Congreso, o en un partido político, o en instancia pluripersonal alguna. Habrá responsabilidad personal, y por ende efectiva, ya que la responsabilidad de cuerpos colegiados no pasa jamás de ser netamente teórica.

A esta amplia responsabilidad deben corresponder amplias facultades de mando. Pero, entiéndase bien, facultades que en todo caso están sometidas a la fiscalización por la opinión pública y su órgano supremo: el Presidente de la República.

Sindicalismo

El tercero de los órganos de la democracia funcional nacista lo constituye el sindicalismo,

Es un hecho manifiesto y palpable, que los actuales partidos políticos se han transformado lentamente en instrumentos de la lucha de clase. En las derechas están representados los intereses patronales capitalistas y latifundistas, mientras que las izquierdas han pretendido asumir la representación de las clases populares.

Pero esta representación es espuria y totalmente falsificada por la intervención del capitalismo como factor decisivo en las elecciones. La inmensa masa de los patrones sanos y laboriosos está sometida en las derechas a la dictadura de especuladores nacionales e internacionales, ladrones de fondos públicos y cornelios. Quienes realmente dominan en las derechas son individuos de esta ralea, y el productor que trabaja tranquilamente sus tierras, que organiza empresas y contribuye al bienestar de la nación, es una víctima de aquellos que realmente dirigen la dictadura capitalista.

En las izquierdas, a su vez, la representación es igualmente espuria y falsa. Hay literatos fracasados que se presentan como "pobres proletarios hambrientos"; hay millonarios explotadores que dicen representar a los trabajadores; hay especuladores y estafadores que dicen defender los intereses proletarios.

Todo esto es, sencillamente, inicuo.

Además, el actual Congreso está compuesto por individuos que legislan sobre asuntos de que no tienen la menor idea. Una firma inglesa dice en un informe sobre las leyes referentes a la Corporación de Ventas de Salitre y la reanudación del servicio de la deuda externa: "En ambas leyes no es lo que ellas dicen lo más peligroso y

complicado: lo es aquello que pasan en silencio y que sólo conocen a fondo aquellos que se han dedicado a estos negocios en Chile, pudiendo aseverarse, desde luego, que entre los miembros del Parlamento no ha habido más de dos o tres personas que hayan conocido el problema y que los restantes han resuelto por recomendaciones interesadas que se les han hecho desde la calle o desde el seno de los partidos políticos, en donde se halla el grupo de abogados que asesoró a los interesados en la formación de la ex-Cosach”.

Es por eso que la nación no se considera representada por el Congreso Nacional.

Lo justo, lo que está de acuerdo con las realidades de nuestra época, lo que ya se está formando en la vida, es concederle a todas las actividades del país una genuina y auténtica representación en el Gobierno.

Que al obrero agrícola lo represente un obrero agrícola; al colono, un colono; al mediano propietario, un mediano propietario; al latifundista, un latifundista; al minero, un minero, etc.: eso es lo que reclama la actual estructura social-económica de la sociedad.

Pero no es aceptable que la política agraria sea determinada por un latifundista, como ocurre en la actualidad; o que un partido político, como el conservador, que es esencialmente latifundista, asuma la representación de toda la agricultura nacional y hable en nombre del colono cuando toma medidas que van en beneficio del latifundio y en contra de los intereses del colono.

Es por eso que el Nacismo es partidario del sindicalismo integral y declara que no puede haber una verdadera

democracia si cada interés no está representado por genuinos delegados en el Gobierno.

Es preciso, pues, organizar sindicatos para cada categoría económica, separados según la categoría social de sus componentes. Debe haber, pues, sindicatos que representen a los asalariados, y sindicatos que representen a los patrones. Debe haber sindicatos para cada oficio, para cada clase de empresas agrícolas, mineras, industriales, comerciales, etc.

Estos sindicatos deberán generarse en forma absolutamente democrática. La actual Constitución de la República limita el sufragio a los ciudadanos varones mayores de 21 años que sepan leer y escribir. No somos partidarios de esta limitación. También la mujer, también el menor que trabajan tienen el derecho de estar representados en el Gobierno. Deben quedar excluidos solamente aquellos que no desempeñan ninguna función socialmente útil, los zánganos, especuladores y delincuentes.

Por supuesto, tales sindicatos deberán estar constituidos por auténticos representantes de cada oficio o categoría de trabajo. No debe permitirse que se introduzcan elementos extraños en los sindicatos. Hay que excluir, en especial, a los politiqueros y demagogos, pues no se trata de organizar montañeras, sino de constituir órganos que integren el Estado y que representen auténticamente a todos los intereses.

Las funciones de estos sindicatos serán múltiples.

Desde luego, se les encomendará el estudio y la solución de los problemas sociales. Reuniendo a los sindicatos de asalariados y patrones se establecerán los contra-

tos colectivos de trabajo; se fijarán salarios mínimos; se reglamentarán las condiciones del trabajo; se procurará solucionar los conflictos del trabajo, estableciéndose el arbitraje obligatorio solamente en caso de haber fracasado el avenimiento.

Un segundo grupo de funciones se referirá a asuntos concernientes a la profesión o actividad. Los sindicatos obreros dispondrán de Casas del Pueblo en que se realice una amplia labor societaria, con cursos de preparación para los jóvenes, conferencias, cultivo de las artes, etc. Deberá especialmente cultivarse el honor profesional, con el fin de dignificar el trabajo y estimular el sentido de la responsabilidad.

La organización sindicalista que propiciamos consulta una ramificación horizontal y otra vertical. La primera se refiere a la formación de los sindicatos en cada comuna; la segunda comprende la reunión de los sindicatos locales en sindicatos departamentales y provinciales y la formación de federaciones nacionales. Todos estos organismos deberán surgir en la misma forma democrática, o sea, deberán representar legítimamente a los sindicatos locales.

Las federaciones nacionales se unirán en confederaciones, destinadas a asumir la representación de sindicatos afines. Reunidas las confederaciones de asalariados y patronos, ellas formarán las corporaciones.

Su papel será, en parte, similar a las funciones del actual Congreso, pero por otra parte les corresponderá funciones mucho más amplias. No sólo deberán cooperar con la administración pública, llevándole insinuaciones, sino que ellas mismas asumirán funciones administrativas

del Estado y serán de esta manera órganos ejecutores de la colectividad. Por ejemplo, las corporaciones agrícolas tendrán a su cargo gran parte de la realización de la política agraria, organizando cooperativas, supervigilando los precios fijados a los productos, desempeñando las funciones de intermediarios entre los productores y consumidores, etc. En una palabra, las corporaciones serán a la vez organismos ejecutivos que asumirán en forma autónoma funciones del Gobierno, y organismos legislativos encargados del estudio y preparación de las leyes.

La verdadera democracia

Un somero análisis de los tres principales órganos del Estado que comprende la organización política nacistá, demuestra a todas luces la falsedad absoluta de los ataques que se nos hacen, en el sentido de propiciar una dictadura personalista.

Resumamos: habrá un Presidente de la República elegido por toda la nación en amplio plebiscito, quien será su auténtico representante; el Presidente de la República designará y removerá al Jefe de Gobierno, quien tendrá amplias facultades de mando, pero quien deberá también amplia responsabilidad al país, una responsabilidad que hará efectiva el Presidente de la República; finalmente, cada actividad, cada clase social, cada interés, estará auténticamente representado en el Estado por intermedio de los sindicatos y sus organismos máximos, las corporaciones.

Se trata, pues, de un sistema perfecto, en que existe un admirable equilibrio de las fuerzas políticas y sociales

y que asegurará a la nación un desenvolvimiento sin crisis políticas y dentro del margen de una democracia auténtica.

Habrà en ese organismo una compenetración mutua del Estado y pueblo, pues el Estado se generará a base del pueblo, y cada ciudadano estará permanentemente ligado a él por los sindicatos que representarán sus intereses.

Compárese con este Estado Nacista la actual dictadura capitalista; o compárese con él el Estado de clase que propicia el marxismo, para convencerse dónde está representado el espíritu realmente democrático.

La revolución espiritual

Pero la revolución nacista no se detiene ante la creación política que acabamos de conocer en sus líneas fundamentales.

La creación política es sólo una exteriorización de un nuevo espíritu. Ella se basa incuestionablemente en una comprensión a fondo de la realidad social y económica en que vivimos, que reclama un Estado que corresponda a ella. Todos exigen un Estado fuerte y un Gobierno responsable; todos piden verdadera democracia; todos ya se están organizando sindicalmente. El Estado Nacista es, pues, la resultante de fuerzas que ya están actuando en la colectividad.

Pero nada ganaríamos con modificar la Constitución, si esa modificación volviera a identificarse con reformas hechas en el papel—como las del año 25—y sin corresponder al sentir de la nación.

El problema es más profundo, ya lo advertimos: la crisis comprende el fondo espiritual de la nación. Es una crisis integral.

Lo que pretende crear la organización política ya analizada, es la comunidad nacional. Pero esa comunidad no puede consistir en meras reglas constitucionales y legales, sino que debe formar el contenido del espíritu mismo de la nación.

Se necesita, pues, dar a toda la nación una nueva conciencia, un nuevo contenido espiritual.

Es preciso que cada chileno reconozca que tiene el deber ineludible de servir lealmente a su país. No pretendamos destruir su personalidad. No queremos transformar a todos los ciudadanos en máquinas calculadoras (cual lo es el "homo oeconomicus" de los liberales) o herramientas y partes integrantes de la maquinaria (como el marxismo). Se trata, al contrario, de estimular las facultades creadoras, de desarrollar la personalidad humana, pero de darle una dirección colectiva y no individualista.

La comunidad nacional debe ser el contenido de la vida nacional. El patrón que organiza y hace funcionar una empresa debe enterarse de que esa empresa es una célula de la economía chilena y que tiene el deber de administrarla como más convenga a la colectividad. No debe ceder a la tentación de entregarla al capital internacional, ni debe malgastar el patrimonio nacional para obtener un lucro netamente personal.

Sobre todo, debe enterarse de que el obrero también forma parte del patrimonio nacional y que un país sólo

prospera cuando todos los ciudadanos disponen de condiciones satisfactorias de existencia. Y debe saber que la economía tiene el fin de crear esas condiciones.

Por consiguiente, la política nacional deberá estar sometida a una finalidad superior: la de defender la raza, mejorar sus condiciones espirituales, morales y físicas y elevar incesantemente el nivel de vida de todos sus componentes.

Esto significa, sin embargo, que hay que destruir también la dictadura capitalista en lo económico.

El Estado Nacista, como ya vimos, aniquilará la dictadura capitalista en el terreno político, impidiendo que el dinero siga dominando al Estado.

Se trata de destruir también la dictadura capitalista en lo económico. Esto significa que debe terminar la explotación del hombre por el hombre; que el obrero debe ser para el empresario un capital más valioso que la maquinaria o el ganado; que la empresa debe tener la función primordial de ofrecer a sus cooperadores condiciones de vida satisfactorias, conforme a las posibilidades de la civilización actual.

Es preciso dejar claramente establecido que la economía capitalista no ha logrado cumplir esta función elemental. No sólo existe frecuentemente la más vergonzosa y criminal explotación del obrero, sino que se utiliza, además, la dictadura capitalista para realizar una política económica que va directamente contra los intereses sociales y que anula los efectos saludables que podrían esperarse de la legislación social. En el Estado Nacista, la

política económica tendrá, por consiguiente, un contenido esencialmente social.

Finalmente, el sistema capitalista ni siquiera ha sido capaz de mantener un relativo orden en el desenvolvimiento de la economía. Periódicamente, las crisis económicas perturban la marcha de los negocios, dejando en espantosa miseria a millares de seres humanos. Además, ha encomendado la resolución de la marcha de la economía a montoneras de especuladores nacionales e internacionales, que actúan en abierta pugna con el interés del país, ya sea entregando las riquezas nacionales a la avidez imperialista, o desequilibrando nuestra balanza de pagos y destruyendo el valor de la moneda, etc.

Todo esto debe terminar.

Hay centenas de millares de chilenos que no disfrutan de viviendas que cumplan con un mínimo de higiene y comodidad; hay un inmenso número de chilenos afectados por epidemias y enfermedades sociales; hay millares de chilenos que desean poseer tierras para trabajarlas y no las consiguen; hay todavía un alarmante analfabetismo en el país; hay una espantosa criminalidad, proveniente en gran parte del alcoholismo y de la miseria endémica de las masas populares; hay un pavoroso problema de la familia, la que ha sido despedazada por el capitalismo; es preciso reorganizar toda la educación pública, a fin de que produzca ciudadanos útiles para la colectividad; hay que proteger al pueblo contra los trusts, los especuladores y los usureros.

La dictadura capitalista ha dejado esquilados hasta los últimos despojos de la nacionalidad.

Todo esto debe remediarse rápidamente, antes de que sea demasiado tarde, antes que se produzca la destrucción completa de la raza y antes que el imperialismo de las grandes potencias venga a absorber a este país.

Para ello se requiere—lo repetimos—modificar totalmente la orientación espiritual de la nación. El materialismo debe ceder su lugar a una nueva espiritualidad. Hay que restituir el concepto de Patria. Hay que hacer revivir un cristianismo que no se identifique con lo que el Partido Conservador considera como tal.

Servicio del Trabajo

¿Pero existen posibilidades prácticas para realizar esta total transformación de la nación? ¿Cómo solucionar a corto plazo nuestros pavorosos problemas sociales? ¿Cómo conseguir que se imponga el nuevo espíritu que yace semi-adormecido en el fondo de la raza?

Ha habido tantas decepciones que el pueblo se ha vuelto escéptico y amargado y parece haber perdido toda fe.

Se requiere, para que triunfe el espíritu de la revolución, que de los cuatro y medio millones de chilenos—digamos—cien mil se organicen, formando la selección de vanguardia de los mejores talentos y capacidades del país, a fin de imponerse el sacrificio de devolver a la nación la fe en sus destinos mediante actos positivos y personales de su propia vida. Es preciso, pues, organizar el gran movimiento nacional y revolucionario que acometa la tarea de

redimir a la nación. De ello hablaremos en el próximo capítulo.

Pero hay también la posibilidad práctica de crear instituciones que hagan participar a toda la nación en ese nuevo espíritu revolucionario y que acometan la solución de los problemas social-populares.

Una de ellas es el Servicio del Trabajo, institución creada después de la guerra mundial en Bulgaria y posteriormente introducida en muchos otros países.

Si a esta institución se le trasmite el nuevo espíritu y se le hace cundir potentemente, generación tras generación será formada en él y la revolución será realidad y vida.

45.000 muchachos y 45.000 muchachas enteran anualmente la edad de 19 años, edad en que llegan a plena madurez espiritual y en que inician su trayectoria en la vida nacional.

Lo que llegue a ser, en definitiva, el país, será lo que aquella muchachada desee que sea. Ella tiene por delante toda la vida. Ella sale a actuar en todas las actividades, y ella determina, en último término, la realidad nacional.

Hoy día esa muchachada es lanzada a la vida sin fe alguna y sin disponer siquiera de la preparación espiritual y práctica necesaria para darle un impulso hacia adelante a la nación.

Gran parte de ella apenas ha cursado tres años de escuela primaria; muchos ni siquiera han frecuentado la escuela; llevan consigo todas las taras que la dictadura capitalista ha transmitido a la raza, como ser, las enferme-

dades sociales, la tuberculosis, el alcoholismo, el odio a sus opresores.

La nueva generación inicia su participación en la vida nacional llena de resistencias y con una voluntad relajada; es por eso que el país no avanza.

El liberalismo es pródigo en sus críticas al pueblo. Vé todas las resistencias que lo caracterizan, pero no quiere reconocer que él mismo se las ha inculcado a las masas.

¿Qué ha hecho la dictadura capitalista para vencer esas resistencias y para dotar al pueblo del acervo espiritual y físico que requiere la lucha por la vida?

Ha sabido explotarlo miserablemente en el conventillo, en el prostíbulo, en la cantina, en el garito, pero no ha sabido elevar su ánimo y dotarlo de condiciones de eficiencia y empuje.

Es el Servicio del Trabajo el llamado para poner remedio a esta situación.

45.000 muchachos y 45.000 muchachas deberán ingresar anualmente a él para prestar un año de servicio a la colectividad.

No admitiremos excepciones. Incluso el inválido y enfermo deberán participar en él. También el hijo y la hija del aristócrata y de la plutocracia deberán ingresar a sus filas.

Allá se llegarán a comprender mutuamente las clases sociales. Allá la niña "bien" conocerá lo que es la inmundicia de un conventillo, para poder discutir en seguida con su padre conservador sobre el estado en que su partido ha dejado al país.

Luego, todos llegarán a conocer lo que es trabajo esforzado, disciplinado y honrado. Muy pronto comprenderán que el trabajo es la suprema categoría para elevar el nivel general del país. Aprenderán a comprender su ritmo y su melodía.

Allá, en esa gran comunidad que formará toda una generación, se forjará la nueva nación, y habrá una juventud radiante de optimismo, pletórica de energías y consciente de su misión.

No todos deberán realizar las mismas labores.

Desde luego, los inválidos y enfermos no podrán ser sometidos a un esfuerzo superior a las energías de que disponen. Pero deberán dedicar todo el año de servicio, si fuere necesario, para sanar sus cuerpos y robustecer su espíritu, a fin de poder participar a medida de sus fuerzas en la gran obra nacional. También el saneamiento de toda una generación es un servicio que se le presta a la nación.

Los muchachos deberán dedicarse primordialmente a trabajos que requieran esfuerzo físico. 45.000 jóvenes disciplinados y bien organizados nos permitirán acometer la solución a breve plazo de los más urgentes problemas social-populares.

Podremos con ellos dotar a todo el país de viviendas para el pueblo que merezcan el nombre de tales. Los llevaremos a las selvas australes para cortar árboles; estableceremos aserraderos; fabricaremos casas montables estandarizadas, y solucionaremos de esta manera el problema de la vivienda popular.

Cuando la dictadura capitalista pretende "solucionar" el mismo problema, ella piensa—de acuerdo con su men-

talidad—en una solución capitalista. Vale decir, la construcción de habitaciones obreras se transforma en un negocio para los propietarios de sitios y los contratistas. El resultado es que se recarga en tal forma los precios de las habitaciones, que ningún obrero las puede adquirir. ¡Y resulta así la paradoja de que el régimen cree poder solucionar un problema que es una vergüenza nacional, invirtiendo anualmente cincuenta millones de pesos en algo cuya solución capitalista requiere—según sus propios técnicos—tres mil millones!

De la misma manera abordaremos el problema de la colonización. Hoy día entregan al colono cierta extensión de selva virgen y lo abandonan en seguida a su suerte. Inmensas zonas “colonizadas” de esta manera en la Frontera y Aysén carecen de caminos, escuelas, servicios médicos, y a veces ni siquiera existe en ellas un miserable almacén.

El Servicio del Trabajo permitirá abordar la solución del problema con criterio práctico y económico. Una brigada de trabajo compuesta de aspirantes a colonos se trasladará al predio que se trata de colonizar. Bajo una dirección técnica construirá los caminos, limpiará los terrenos, edificará las casas de habitación y dependencias, colocará cercas, etc. Se formará un núcleo en el centro de la colonia, con todos sus servicios. Los futuros colonos recibirán instrucción agrícola, y sólo cuando la colonia comience a producir y pueda marchar y prosperar, se hará el reparto de las hijuelas. Así esa colonia formará una verdadera comunidad de trabajo, y en ella los vecinos cooperarán mutuamente, pues en el Servicio del Trabajo habrán

aprendido el inmenso y fecundo impulso que recibe toda labor individual mediante la cooperación.

Son dos ejemplos de las funciones que deberá realizar el Servicio del Trabajo. Nada costaría señalar numerosas otras. Pero no es necesario. El lector ya habrá comprendido el fondo de la idea.

En cuanto a las muchachas, no se trata de inducir las a competir con el hombre en trabajos que requieran esfuerzo muscular. La mujer debe llegar a ser madre, debe atender los quehaceres del hogar, debe formar la mentalidad de su hijo, para que sueñe con la grandeza de su país y se proponga contribuir a ella. Tampoco queremos recluir a las muchachas en cuarteles.

Formaremos con ellas brigadas de servicio social. Se les enseñará a cuidar al niño, a preparar los alimentos, a organizar y administrar el hogar, a darle calor y hacerlo alegre y acogedor.

Las llevaremos a los barrios populares para transmitir todos estos conocimientos a sus hermanas y para ayudarles a organizar sus hogares. Así, le daremos una batida definitiva a la mugre, a las epidemias y enfermedades, y muy pronto la mortalidad bajará en Chile al nivel compatible con una nación que se jacta de civilizada.

De esta manera, el Servicio del Trabajo llegará a ser la gran escuela nacional de que saldrá anualmente toda una generación regenerada. Así, Chile tendrá ciudadanos capaces de realizar la revolución que propiciamos. Así, la revolución misma se transformará en realidad.

El Servicio del Trabajo será una institución genuina del pueblo y para el pueblo.

El Nacismo

Para acometer esta inmensa obra de redención nacional hemos fundado nuestro Movimiento.

Un partido político más, dijeron algunos, cuando se presentó en la arena política.

Nó. Hay una diferencia substancial entre el Nacismo y cualquier partido político.

Desde luego, una diferencia espiritual. No somos un receptáculo de doctrinas literarias y teorías políticas, económicas y sociales. En contradicción con los partidos políticos, exigimos a nuestra gente la realización de nuestros principios en su propia vida. No puede ser nacistas quien se limite a divulgar doctrinas: sólo puede serlo quien transforme en vida, en intensa vida, los principios de redención que proclamamos.

En contradicción con los partidos políticos, integramos nuestras filas a base de una estricta selección y jerarquía. No admitimos a nadie que no cumpla en su propia vida lo que proclamamos, y si por algún acaso logra penetrar, muy pronto lo eliminamos. Y en seguida valoramos a nuestros elementos. No hacemos distingo alguno de sangre y fortuna. Todos pueden surgir a los más altos cargos, pero para lograrlo exigimos eficiencia y moralidad. El hecho de cumplir una función más elevada, no da derecho a nada, pero impone la obligación de superarse.

En contradicción con los partidos políticos estamos organizados jerárquicamente. La responsabilidad en el Movimiento siempre es unipersonal, y jamás permitiremos que una asamblea irresponsable destruya esta jerarquía.

para diluir la responsabilidad. Y porque hay responsabilidad, hay también realización práctica del principio de mando.

En contradicción con los partidos políticos, rechazamos defender intereses de clase o particulares. El nacistá, al prestar juramento, se compromete solemnemente a no pedir nada para sí.

En contradicción con los partidos políticos, no tenemos vinculaciones con ninguna entidad extranjera. No somos satélites de la Internacional Capitalista ni de la Roja. No tenemos vinculación alguna con movimientos similares de otros países.

Somos una fuerza renovadora, eminentemente popular y nacional, que pretende producir los dirigentes capaces de realizar la revolución en marcha descrita someramente en estas páginas.

El espíritu que estamos cultivando en nuestras filas y que ya se manifiesta potentemente, es el espíritu de esa revolución nacional que propiciamos.

Queremos realizar un socialismo nacional de acuerdo con los postulados enunciados en esta exposición. Por eso nos llamamos nacional-socialistas o nacistas.

No proclamamos una revolución literaria: somos los únicos en Chile que estamos dispuestos a aniquilar la dictadura capitalista y dar nuestra sangre, si fuere necesario, para redimir definitivamente a este país, para instaurar una democracia popular y para realizar los sueños de futura grandeza que inspiran a todo buen chileno.

Con nosotros están los valientes que son capaces de sacudir la modorra y que todavía no han perdido la fe en su nación y en sus fuerzas creadoras.

En contra de nosotros están los cobardes que no son capaces de sublevarse contra la oprobiosa dictadura capitalista que nos agobia o que ven en la vida una posibilidad para satisfacer egoísmos inconfesables.

¡Sólo el Nacismo salvará a Chile.